

DEL ASEO EN EL VESTIR

LUIS CARANDELL

DECIA el profesor don Pablo Espel y Comas, en su libro «Lecciones progresivas de Urbanidad», editado en Barcelona en 1898, que «el vestir ha de ser en las personas según su estado y circunstancias. Su régimen es la fortuna y conciencia en el modo de proceder. Su aseo no depende necesariamente de llevar nuevos y engalanados vestidos, sino también de que, estando éstos rotos y marchitados, se arreglen con esmero; y el modo de vestir, que no se oponga al poderío de cada uno y según el lugar que representa». Los esfuerzos del señor Espel y Comas por mantener a

cada miembro de la sociedad «en su sitio» no parecen haber sido coronados por el éxito. Los nietos de los que fueron sus educandos comprobamos hoy hasta qué punto son engañosas las apariencias que en su forma de vestir ofrecen las personas.

Siendo la Urbanidad la enseñanza de aquello que «se hace» o se cree que se hace, es ciencia particularmente difícil en una época en que se hacen tantas y tan contradictorias cosas que toda generalización es imposible. ¿Cuál no sería el asombro y escándalo de nuestro don Pablo si levantara la cabeza y viera «lo mezclado que está todo» y cómo desea el rico pasar por pobre y el pobre por rico?

¿Cómo reaccionaría al ver no sólo la «discreción pisoteada» sino también «¡Oh tiempo, oh costumbres!» la «inmodestia triunfante» sobre la compostura que él enseñó? ¿qué pensaría al comprobar cómo los modernos, en número creciente, aparecen endomingados en los días laborables mientras frecuentan vestidos de trapillo los salones en los días de fiesta? La visión de estas cosas le devolvería a la tumba pero antes, aún tendría tiempo para compadecer a los modernos cultivadores de su disciplina.

Pero la confusión de los antiguos no podría hacernos desistir a nosotros de acometer el compendio de la Urbanidad de hoy. Y comenzaremos por el vestido, que es la más patente manifestación de la educación de una persona. Y, en seguida, un principio parece poder enunciarse en la urbanidad del vestido. Y es que, aparte de su función de cubrir las desnudeces del hombre arrojado del Paraíso, el vestido sirve ante todo en nuestros días para disimular lo que realmente se es.

Si en tiempos el señor tuvo a gala vestir de señor y el criado de criado, hoy vemos lo contrario. Y el abuso ha legado a tanto (y no se extrañe el lector de que me indigne: es tradición

en la asignatura) que se puede establecer la regla, con todas las matizaciones necesarias, de que la riqueza ha de buscarse hoy más en las hirsutas apariencias que en la atildada compostura.

El principio merece una explicación. Aún hay pobres, y muchos, que visten de pobre. El problema de los pobres es no poder alcanzar lo que desean. Y aún hay ricos que visten de ricos porque no saben que eso ya no se lleva. Pero la verdadera Urbanidad de hoy manda que el pobre se supere a sí mismo vistiendo el atuendo que él piensa que han de llevar los ricos, mientras el rico tenga en sus vestuario, junto a opulentos ternos que apenas usa, trajes que denoten un sí es no es de pobreza.

La «sencillez», la «naturalidad» son notas distintivas de la elegancia de los ricos al paso que el ostentoso farde suele ser señal de modernas estreche-

ces. Los banqueros, «damas del Ropero» de la nueva sociedad española, conocen muy bien esta sencilla regla y la aplican sabiamente cuando les solicitan créditos.

Del abandono de la ostentación entre los ricos de bolsa y/o cuna da buena muestra el creciente desuso de prendas como el smoking o el chaqué, que a lo mejor empiezan a verse en bodas o fiestas de barrio. Otro indicio es el total abandono del sombrero entre los hombres. A este propósito se cuenta la divertida anécdota del sombrerero madrileño que, después de la guerra española, cuando había comenzado ya la «plaga» del sinsombrerismo, puso en su escaparate un anuncio que decía: «Los rojos no llevaban sombrero. Nosotros sí».

Otra señal inequívoca es el triunfo del marrón en estos años en la moda masculina. El color marrón era antes color de pobre. Quienes vivieron los años cuarenta y cincuenta saben lo verosímil que suena la anécdota del pobre que se presenta en una casa y dice: «Mire a ver si me puede dar algún traje viejo, aunque sea marrón.» Pues bien, en años más recientes, el marrón, matizado en Italia, ha escalado el trono de la moda, aunque recientemente parece haber perdido la primacía ante el imperioso regreso del azul marino.

En los últimos tiempos se ha puesto de moda entre las jóvenes, e incluso entre algunos muchachos, una prenda significativa: el mono de obrero debidamente adaptado y transformado. Así, mientras el trabajador maduro, con su señora, rastrea cortingleses en busca de «aparentes» trajecillos, mientras la sufrida y anticuada clase media que aún cree que «nosotros tenemos que representar» se parapeta en obsoletas modas, los hijos de la clase alta, seguidos por las capas medias que les imitan, lucen monos, pantalones sin





raya, jerseys «informales». Y los jóvenes trabajadores dan a estas modas sus propias interpretaciones.

Joyas, ya no se llevan, como no sea para demostrar lo mucho que se ha ascendido en la escala social. El astracán se refugia en las clases pasivas. El visón aún distingue a una dama de madura edad pero no parece que tenga mucho futuro entre las jóvenes. «Sencillez», pero siempre, eso sí, acompañada de la «nota» distintiva. Es la joven dama que viste pantalones vaqueros que se compran ya lavados, pero que se pone el chaquetón de zorros. O aquella otra que adorna su «sencillo» atuendo con un bolso de cocodrilo llevado en bandolera.

Deberes para con los iguales.



Amor al prójimo.



Y no sólo se trata de simular o disimular la riqueza. De igual modo ha de procederse con la decencia. Las hijas de familia que en otro tiempo hubieran sido mediopensionistas de las Ursulinas o incluso aquellas que aún lo son ahora, lucen ajustadísimos pantalones que dan al que los mira la impresión de un perfecto desnudo. Entre las mujeres jóvenes, y solteras, se ha generalizado universalmente este lucimiento que no se atrevería a hacer de sí misma una avezada prostituta, como no fuera en horas de trabajo. Pero no se trata de ofrecer nada, sino de mostrar lo mucho que el abandono de la tradicional decencia es capaz de negar al «voyeur» transeúnte.

En la casada no estarían bien tan juveniles exhibiciones. Le llamaría la atención el circunspecto marido. Si acaso, se toleran en ella blusas y faldas transparentes o cuasitransparentes que, dejando adivinar lo que hay, certifiquen que tiene dueño, aunque éste no sea ya el celoso tenedor que ejercía sobre tales bienes un dominio absoluto.

En el hombre, estas demostraciones tienen muy otro contenido. Hay también pantalones ajustados y en ocasiones la camisa desabrochada un botón más del comunmente permitido. Pero la ostentación del «bulto», como diría Cela, o de la agreste pelambreira del pecho, como no sea en la playa, denotan que el «expósito» pertenece a la clase baja.

En materia de moda masculina hay un mundo, el de los ejecutivos, que constituye capítulo aparte. Se pasan la vida diciéndoles a los que se han atrevido a romper la moda de la chaqueta y la corbata, del atildamiento de despacho, que ellos van vestidos así por necesidades de su trabajo. No es cierto. Su atuendo es consustancial a ellos y deriva de la estilización de

viejos moldes patronales. Los políticos están en un caso parecido. Mirando cómo visten los diputados de los distintos partidos políticos se aprende mucho en materia de usos sociales. Los políticos nunca dejan de buscar clientelas y así, los centristas, con sus ternos azul marino o marengo, parecen estar siempre en disposición de tranquilizar a sus votantes o de besar la mano a sus electoras. El viejo PC muestra el aire fornido y luchador de siempre, mientras en su seno algunos jóvenes ensayan modernidades. Y el PSOE, con millones de votos, juega a la vez, en sus varios representantes, al machadiano «desaliño indumentario», al despechugamiento juvenilista, al sincorbatismo deportivo, al atildamiento socialdemócrata y hasta a la despreocupación anarco-pasota.

Y no sólo la racionalizable motivación sino también el capricho gobierna las tendencias sociales. Hace unos años vimos cómo caía en desuso la corbata. Muchos fabricantes tuvieron que cerrar su urbana industria sin poder comprender lo que había ocurrido. Hoy, al calor del revival modernista, sin que se sepa por qué, ha regresado este adorno que en tiempos fue peyorativamente considerado como resto y símbolo de la cadena que sujetaba al esclavo.

Uno se pregunta, declamos en nuestra primera entrega, en qué consiste ir hoy «correctamente vestido», cuando nuestro «aseo en el vestir», aquello en que ciframos unos el «buen tono», resulta «incorrecto» para otros. La «urbanidad del cambio» tiene muchos caminos, y de ellos surgirá la nueva etiqueta. Entretanto, si algunos de los antiguos tratadistas pudieran contemplar nuestros esfuerzos por hacer con ella un Manual, nos compadecerían diciendo: «no les arriendo a ustedes la ganancia». ■